

GACETA MÉDICA DE MÉXICO

PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA N. DE MEDICINA DE MÉXICO.

TERAPÉUTICA.

CONSIDERACIONES PRACTICAS MEDICO-QUIRURGICAS

LEÍDAS ANTE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉXICO

EL 9 DE NOVIEMBRE DE 1887.

¿La terapéutica clásica llena su misión? En conciencia no se puede decir que sí: su ideal es formalizar un diagnóstico antes de emprender cosa alguna, como si se supiera que para tal ó cual enfermedad hay tal ó cual remedio comprobado prácticamente. Pero lo real y positivo es, que muy raras veces se consigue certero diagnóstico, y casi siempre los prácticos se ven precisados á hacer medicina sintomática aunque no quieran.

Hace poco tiempo leímos en la *Gaceta* de la Academia de Medicina un concienzudo artículo en el cual su autor tendía á aconsejar que se tomara en consideración al método homeopático como capaz de servir, en algunos casos, de auxiliar á la terapéutica clásica; señalaba este hecho escandaloso, que alguna que otra vez, enfermos cansados de tomar medicamentos oficiales, sanaban después mientras tomaban gránulos homeopáticos.

Fenómenos son estos que se explican de dos modos: ó bien porque llega el homeópata cuando el tratamiento racional va á surtir sus efectos, ó bien que la supresión de un tratamiento, tal vez inoportuno, basta para el alivio, del cual beneficia el que llega á buen tiempo.

Dos veces se ha discutido ante la H. Academia de Medicina de México, desde que ha sido fundada, el tratamiento del tifo, y dos veces la conclusión ha sido que el tratamiento sintomático es el único fundado en razón, porque, aunque sea muy bien conocido el tifo por todos los prácticos experimentados, todavía no se le encuentra medicina específica.

Si después de desarrollada una enfermedad de las más conocidas, la misión del médico encargado de curarla se reduce á combatir los síntomas uno por uno,

¿qué ventaja puede haber en esperar que se acumulen debilitando y comprometiéndolo al enfermo? ¿No será preferible ir combatiendo los síntomas desde su aparición, sin dejarlos acumular?

Se ha dicho que las enfermedades son entidades de una pieza, que es preciso conocerlas para combatirlas: tal doctrina pudo sostenerse cuando se sabía todavía menos de lo que sabemos; hoy no es sostenible.

Dos series de causas tienen las enfermedades, exteriores ó internas.

Las causas exteriores son los miasmas, microbios, sustancias tóxicas, infecciosas, traumatismos. En medio de microbios y miasmas vivimos todos, á cada inspiración introducimos cantidades análogas de gérmenes morbígenos: ¿cómo explicar el que no caigamos enfermos todos á la vez, si no es debido á mayor ó menor resistencia de cada uno?

La observación lo demuestra: el herido, la recién parida, que es una herida también, el desgraciado debilitado por mala alimentación, cansancio, ó vida en aire confinado é impuro, son los más expuestos á la influencia nociva de miasmas y microbios.

Los sanos y robustos, los que observan buenas costumbres higiénicas, pueden, hasta cierto punto, soportar la introducción en su organismo, de grandes cantidades de elementos morbígenos: les resisten y eliminan casi sin sentir su presencia ó su paso por su organización.

¿Cómo no admitir entonces en las enfermedades un periodo prodrómico en el cual la lucha entre el principio nocivo y la persona que pudiera ser su víctima está empeñada?

Si en este momento acude en auxilio del sujeto un tónico apropiado, se sobrepone; si, al contrario, sobreviene un accidente capaz de disminuir su resistencia, sucumbe.

Además de las causas exteriores que amagan á la existencia, hay las herencias funestas, las predisposiciones morbosas para las cuales el arte de curar no queda desarmado cuando es previsor, pudiendo guiar al desarrollo de los seres amenazados, de tal modo que se eviten ó retarden las consecuencias de las malas predisposiciones, de las herencias funestas, lo bastante para hacer la vida mejor y más duradera.

El más bello papel del arte de curar es el del higienista, quien previene los males: ¿por qué habia de ser otro el papel del médico? ¿Por qué habrá de verse obligado á decir: mientras la enfermedad no esté desarrollada no puedo nada contra ella: ignoro qué enfermedad he de combatir?

¡No, ciertamente, no es esta la misión nuestra! Antes que todo es previsor: somos los sacerdotes de la salud, de la longevidad, del perfeccionamiento humano; y no los acólitos de la enfermedad, los precursores siniestros del sufrimiento y de la muerte.

En la ciudad, en la familia, cerca del que se queja, debemos ver el mal antes

de que llegue: la ciudad está dotada de malas condiciones higiénicas; debemos dar la voz de alarma y aconsejar los medios apropiados para mejorarlas. En la familia vemos herencias peligrosas, debemos proponer los medios apropiados para combatirlas. Cerca del que sufre debemos apresurarnos para que el mal de hoy no prepare la complicación de mañana: á toda queja debemos atención, porque para todas tenemos consuelos y para muchas remedios.

Pero si han renunciado muchos prácticos el papel más bello para aceptar el más triste, ha sido porque las armas que suministra la terapéutica clásica inspiran más temor que confianza, son infieles y temibles. Ese temor justificado ha pasado del práctico al público, de tal modo, que muchos pacientes no se resuelven á pedir los auxilios del arte mientras no se creen en peligro. Como si el tratamiento médico, siendo peligroso, hiciera necesario estar ya de riesgo antes de curarse para exponerse á sus siniestras casualidades.

Si el arte de curar, sin poner en peligro la vida, fuera más conocido, acudirían más oportunamente los que sufren á pedir sus auxilios.

Ya lo hemos observado: entre la salud y la enfermedad la transición es lenta, insensible á veces; aun en las heridas hay entre el momento del accidente y la infección que le puede sobrevenir un periodo en el cual el sujeto dejó de ser sano, y todavía no está gravemente enfermo; entonces es cuando el papel del médico es eficaz y se puede considerar como á un salvador llegado al momento oportuno.

Las grandes operaciones que practicamos hoy sin comprometer la existencia demuestran que puede haber grandes heridas que no lleguen á causar enfermedad, porque el método antiséptico previene la introducción de los elementos morbigenos. Pero si el antiséptico se opone á la introducción del microbio, el tratamiento adecuado hace al sujeto capaz de resistir aun cuando se hubiera introducido por alguna imperfección difícil de evitar, sobre todo en la práctica hospitalaria, en la aplicación de los medios antisépticos.

Hemos visto ya que algunos sujetos impregnados por elementos infecciosos pueden resistirles; esto es lo que la terapéutica puede imitar al dar fuerza y resistencia con los medios tónicos de los cuales puede disponer.

Natural era que antes de tomar medicamentos infieles, en dosis perturbadoras, en formas repugnantes ó capaces de hostigar, natural era esperarse á que la enfermedad fuera peor que el tratamiento.

Cuando se trata de alcaloides de una acción bien definida, reducidos á proporciones tan pequeñas y formas tan adecuadas que se pasan sin sentir, entonces el que se encuentra débil no vacila en aplicarse los gránulos conocidos como propios para reanimar las fuerzas; el que siente encenderse el calórico en su circulación, no vacila en acudir al gránulo capaz de reanimar al sistema vasomotor y moderar el incendio que le amenaza.

Se nos dirá que entonces el papel del médico acabó: no, señor, al contrario,

se elevó: mientras la ciencia fué vergonzante porque formulaba como los poetas hacen versos, guiada por la pura inspiración, metiendo en un cuerpo muy poco conocido, sustancias absolutamente desconocidas, necesitaba del misterio para cubrir su insuficiencia hoy evidente.

Ahora no es así: la ciencia existe, no se improvisan los conocimientos del arte de curar, como no se improvisan los del arte del ingeniero: se sabe lo extensos que son sin que necesite este último envolverse en el misterio para sustraer á la indiscreción pública los elementos de su saber.

El reproche de hacer inútil al médico puede aplicarse al método homeopático, en el cual se emplean sustancias inertes y cuando se cura es por sugestión, de donde resulta que basta atrevimiento y apenas saber leer para manejar dichas sustancias, dejando morir á quienes necesitan remedio.

La alcaloidoterapia emplea sustancias activas: fácil es comprobar su presencia por el análisis analéptico ó fisiológico; su energía pronto se da á conocer, y los gránulos dosimétricos no son juguetes que puedan administrar ignorantes y si armas de precisión propias para quien sea digno de manejarlas.

En el arte de curar pasó como en el de la guerra: los pueblos primitivos para vencer, cuentan con su imaginación y la impresionabilidad de sus contrarios; se disfrazan de guerreros, aullan, presentan figuras de dragones. Así hacían los antiguos médicos para combatir las enfermedades: se disfrazaban de brujos ó magos y empleaban fórmulas y sustancias fantásticas.

Los pueblos primitivos, en frente de los elementos proporcionados por la ciencia á la guerra moderna, se quedaron impotentes; lo mismo sucede para los médicos imaginarios si se comparan con los prácticos armados con los conocimientos modernos y los elementos que proporcionan.

¿Cómo admitir que el saber humano, que ha cambiado la faz de la tierra, salvando con rapidez los vastos océanos, abriéndoles paso para comunicarlos en medio de los continentes, porque el mar, lejos de ser un obstáculo para los hombres de nuestra época, es el camino más fácil para comunicar á las naciones; cómo admitir que el espíritu humano, que ha domesticado océanos y torrentes, surcado los continentes con serpientes de hierro sobre las cuales hace volar á su capricho monstruos más colosales que los más enormes entre los antediluvianos; cómo creer, repetimos, que ese mismo espíritu, en el arte de curar haya quedado estacionado y detenido por fórmulas de uno, dos y hasta diez y ocho siglos?

Sydenham vivió de 1625 á 1689. Andrómaco, médico de Nerón, quien inventó la triaca, todavía usada hoy por algunos prácticos, vivió al principio del primer siglo de la era cristiana, es decir, hace diez y ocho siglos ya.

No hay progreso posible sin lastimar algunos intereses: las situaciones establecidas exigen la estabilidad en las opiniones; los triunfadores de todas clases quisieran que el día de su triunfo fuera eterno; de allí su oposición á todo lo

nuevo. Napoleón, que hubiera podido sacar tan buen partido de la aplicación del vapor, lo despreció como á una puerilidad. Thiers, que ha dado pruebas evidentes de su vasta inteligencia, consideró al primer ferrocarril establecido entre París y San German como un juguete sin importancia.

Así se explica cómo y por qué los príncipes de la ciencia, encumbrados en situaciones que creen inexpugnables, miran con desdén lo que no conocen y lo juzgan sin documentos suficientes.

La única vez que habló de dosimetría Mr. Dujardin Baumetz en la Academia de Medicina de París, fué para probar que ignoraba absolutamente sus fundamentos, y dijo: que no era posible que hubieran dado, sin mal éxito, la cantidad de gránulos de aconitina prescrita por el fundador del método, si era verdad que contuvieran dichos gránulos, fabricados por la casa de Chanteaud, la proporción de principio activo que previene la fórmula.

Cuanto más bien inspirado hubiera sido el profesor de la facultad de París, si antes de hablar tan á la ligera, como hablan los profetas y los infalibles, hubiera mandado analizar los gránulos para saber que realmente contienen lo convenido, como se hizo aquí en México, y sabiendo que eran conformes á la fórmula, los hubiera dado cuando la indicación se presentara: se hubiera evitado el haber negado una verdad hoy muy generalmente conocida y comprobada por la práctica.

Desgraciadamente, apenas conocidos los alcaloides, han sido empleados por la malicia humana, y su grande potencia ha servido primero para cometer crímenes; de ahí resulta que vienen precedidos por una mala reputación, son recibidos con temor y administrados con timidez exagerada.

La humanidad, para ahorrarse la pena de la observación, se complace en clasificar cosas y gentes en dos categorías: lo bueno y lo malo, lo de Dios y lo del diablo, error sensible como todo lo que se opone al conocimiento de la verdad. No sólo es pueril tal clasificación, es absurda y dañosa. Lo mejor se vuelve malo cuando no es oportuno, y lo más peligroso puede ser útil y benéfico cuando viene en tiempo y proporciones debidas.

El mismo fierro que hiere y mata, abre el surco, hace salir los elementos de la vida; el arsénico, que da la muerte en proporción exagerada, restablece los glóbulos de la sangre cuando llega oportunamente en un organismo debilitado.

La medida y la oportunidad, hacen que los venenos sirvan para salvar vidas; así como la falta de medida y oportunidad hacen que el alimento más sano pueda llegar á ser tan dañoso como el veneno más temible.

No podemos vivir sin oxígeno y sin aire, y sin embargo, el oxígeno en exceso, el aire suficientemente comprimido, pueden causar la muerte.

La separación absoluta entre lo bueno y lo malo es una concepción que no resiste al estudio y debe relegarse con los errores de otros tiempos. Es cómoda al parecer, pero es peligrosa en realidad.

Es peligrosa porque se opone al progreso. ¡Cuántos prácticos prefieren dar el extracto de nuez vómica y no su principio activo porque tienen miedo á este último! Pero al dar el extracto de nuez vómica quieren darlo embotado, cubierto, disimulado, y corren riesgo de no saber si realmente lo dan, ni en qué proporción lo ministran.

Tanta falta de confianza en la terapéutica, tiene consecuencias muy sensibles porque deja muy á menudo perder la oportunidad para salvar enfermos que pudieran sanar si fueran bien atendidos, y por lo mismo disminuye la estimación debida á la médicos; mientras que aumentaría si en la práctica se les viera más firmes en sus propósitos, más confiados en su arte.

Digno de lástima es el práctico á quien la muerte arrebató un ser querido, si puede tener el pensamiento fundado de que tal vez con el nuevo método lo hubiera podido salvar.

Si merece reproches de su conciencia quien, sin las debidas precauciones, ministra sustancias activas, en circunstancias y proporciones indebidas, no los merece menos quien, sabiendo que existen remedios eficaces, capaces de sustraer más víctimas á la muerte, por timidez, por capricho ó por cualquier motivo, prefiere seguir la rutina á hacer beneficiar á sus enfermos de los progresos del arte.

Angustiosa es la situación del práctico, y para él más que para nadie, debe quedar siempre presente este precepto moral: haz lo que debes, advenga lo que advenga; aplicando tal precepto no cabe duda que el deber del médico es saber todo lo útil en asunto de terapéutica, y aplicarlo siempre que parezca indicado.

Cumpliendo con ese deber sagrado, satisface á su conciencia, que debe ser su juez el más severo, y á la vez contribuye á levantar la consideración debida á la más benéfica de las artes.

Cuando sea cultivada como debe serlo, cesarán estas competencias vergonzosas por las cuales sufre; no habrá ya paralelismo posible entre el charlatanismo y la ciencia verdadera sino para las gentes absolutamente ignorantes.

Para dar una idea de la eficacia del nuevo método es preciso, aunque á grandes rasgos, referir algunos hechos sin los cuales toda teoría sé disipa fácilmente como una neblina pasajera.

Entre las enfermedades que mejor se prestan á la observación, tenemos á las paludeanas: su periodicidad y su causa permiten observar cuáles son los agentes capaces de modificarlas ó impedir las.

El que esto escribe hace muchos años experimentó penosamente la pernicioso influencia de las plantaciones de caña; cada vez que intentó vivir cerca de ellas, las intermitentes lo atacaron, llegando á hacerse tan resistentes que no bastaron dosis exageradas de sulfato de quinina, y lo obligaron á cambiar de residencia.

Hace dos años, armado con un arsenal dosimétrico, fué á vivir con familia numerosa en el mismo punto, y pudo permanecer más de un año sin resentir la influencia palustre para sí ni para la familia.

Hubo pequeños amagos; pero el tratamiento previo bastó siempre para disiparlos: tan luego como se sentía un pequeño malestar, la administración de dosis cortas de hidro-ferro-cianato de quinina, cien gránulos por día, uno ó dos días, asociados con dos hasta seis miligramos de arseniato de estriquina, restablecían el equilibrio mejor que antes las grandes dosis de sulfato de quinina.

Llama la atención que diez centigramos de hidro-ferro-cianato de quinina sean tan eficaces; pero hay que atender que esta preparación es más soluble que el sulfato, por lo mismo se introduce más completamente y más pronto en la circulación, impregnando al sistema nervioso con sus benéficas influencias tónicas y antisépticas; pronto se pone en contacto en la circulación con el veneno telúrico, empujando con él la lucha salvadora.

La asociación del arseniato de estriquina es racional, porque sabida es la benéfica acción de los arsenicales en contra de las afecciones palustres, conocida también la poderosa influencia de la estriquina sobre la fibra nerviosa á la cual devuelve la vitalidad cuando va faltando.

Levantar al organismo, abatir á su enemigo, es lo que hace el médico armado con los recursos de la dosimetría.

Al llegar á la hacienda en donde le fué dado experimentar en grande escala la eficacia del nuevo método, se encontró con una epidemia de tifo incipiente; muy fácil fué seguir su marcha, por ser conocidos todos los habitantes de la finca, aunque repartidos en tres labores distintas.

El contagio fué traído por un vecino de un pueblo cercano de allí; de familia en familia se fué propagando hasta contaminar á todos los residentes de las tres labores, no dejando sin atacar sino á los que ya habían tenido anteriormente la fiebre.

Fueron diez las familias en las cuales se fijó la enfermedad. En una de ellas, compuesta de ocho personas, había un abuelo y una abuela, los dos ancianos, de setenta á ochenta años, con arteritis; el anciano, en las pediosas, fué amagado por la gangrena senil de los dos pies; pero gracias al uso de los arseniatos se restableció completamente la circulación en los dos pies. La anciana tuvo escaras en los dos trocánteres, y en la región sacro-coxígea, perdiendo la piel en los tres puntos; sin embargo, se logró su restablecimiento completo.

Ninguno de los enfermos sucesivamente atacados sucumbió á consecuencia de la fiebre. Una mujer, después de haberse logrado la convalecencia, cometió imprudencias, contrajo pleuro-neumonía y sucumbió á consecuencia de tisis galopante.

Un hombre, de ochenta años lo menos, levantándose se bañó sin precauciones; contrajo pulmonía y sucumbió, se puede decir sin tratamiento, porque la

familia por temor á las reconvenções merecidas, no avisó hasta que estaba en agonía.

Para todos estos enfermos fué el tratamiento sintomático, teniendo como base el uso del arseniato de estricnina, puesto que en todos la postración era grande; contra el elemento infeccioso se usaron hidro-ferro-cianato de quinina, sulfuro calcium, yodoformo y el sulfato de sosa como purgante.

Estos éxitos trajeron enfermos, algunos desde lejos, y que necesitaban un tratamiento prolongado: se improvisó para recibirlos un pequeño hospital en las ruinas de la labor de San Diego.

El primer enfermo admitido tenía elefanciasis hereditaria de las dos piernas; fué tratado por la cauterización con el cauterio de Paquelin, aplicada á los botones tuberculosos, con los arseniatos al interior, el yodoformo localmente y un vendaje elástico compresivo; á los tres meses salió bastante mejorado, pudo creerse bueno.

Una joven de quince á diez y seis años, de temperamento escrofuloso, fué tratada por escrofulides ulceradas del pie derecho, consecutivas á unas cicatrices producidas por un vendaje mal puesto por un curandero al tratarla de una luxación de los huesos del tarso.

La ulceración habia penetrado hasta en las cavidades articulares y las vainas de los tendones, fué muy resistente, pero acabó por ceder al uso de los arseniatos, del yodoformo intus et extra, y al último, á la introducción de gránulos de biyoduro de mercurio en los trayectos fistulosos: duró de tres á cuatro meses el tratamiento.

Dos enfermos de estrechez uretral fueron admitidos en el hospital de San Diego; operados por dilatación rápida, sanaron.

Otro fué remitido por la autoridad judicial en estas condiciones: habia recibido una herida penetrante con arma cortante en la región inguinal izquierda; el cuchillo habia resbalado debajo del arco pubiano, y seccionado la uretra; desde luego la orina comenzó á salir por la herida, la uretra dividida se retrajo y cicatrizó aparte el fragmento periférico; infiltrado el trayecto recorrido por el arma, dió lugar á un vasto flemón urinoso de la región isquiática derecha, el cual, cuando fué remitido el herido se acababa de abrir paso espontáneamente por la región perineal.

Se aprovechó esta abertura ampliándola para encontrar la extremidad central de la uretra y para unir la por medio de una sonda blanda de Nelaton á la extremidad periférica.

La hemorragia habia sido considerable, la anemia doblemente alarmante por dicha hemorragia y por la fiebre urinosa que provocó la infiltración.

Arseniato de estricnina y de fierro, hidro-ferro-cianato de quinina, sostuvieron al paciente durante el tratamiento, lo bastante para lograr primero la cicatrización de la herida inguinal, y al último, de la perineal.

En los pueblos vecinos se vieron varios casos dignos de interés: las afecciones tuberculosas y el cáncer son frecuentes debido á la mala alimentación, á los matrimonios consanguíneos y prematuros, y á un desprecio absoluto para todas las reglas de la higiene.

Heridos de grande importancia fueron sometidos al tratamiento dosimétrico, logrando la curación de los que podían sanar, y hacer durar lo más y sufrir lo menos posible á los que no podían sobrevivir á sus heridas.

No señalaremos más que á los sobresalientes, entre los cuales figura un campesino de edad madura, de constitución robusta y enérgica, el cual nos fué traído de la cabecera del Distrito, á seis leguas de distancia.

Su herida, producida por un sable corto, grueso y pesado, de los que usan los naturales para cortar ramas y hasta troncos de árboles, interesaba desde la frente á partir del arco supraciliar hasta la sutura del occipital hacia atrás. El parietal izquierdo y parte del frontal habían sido seccionados por arriba y fracturados por abajo, de tal modo que el colgajo en el cual se encontraban contenidos, se movía simultáneamente con las expansiones de la masa cerebral que llenaba, cortada y contusa, el fondo de la herida.

Ésta representaba como una amplia boca oblicua de delante atrás; su ángulo anterior, partiendo de un centímetro arriba de la órbita, y el posterior llegando á la sutura occipital.

El herido fué visto al día siguiente de su llegada á la cárcel de la cabecera del Distrito, en donde por falta de hospital adecuado, se asisten los heridos; llevaba algunas horas de estar sin conocimiento, el pulso lento, la temperatura baja y la respiración suspiriosa.

Se lavó la herida con una irrigación ligeramente fenicada y se aplicó un vendaje listeriano poco compresivo para producir una aproximada oclusión sin comprimir la masa cerebral hinchada.

Se ministró ácido fosfórico, arseniato de estriénina, fosfuro de zinc, hasta su efecto: á las pocas horas volvió el calor, el conocimiento, habló, recobró la memoria de lo que le había pasado, pudo hacer declaraciones útiles, arreglar sus asuntos, y duró en un estado relativamente satisfactorio, once días, al cabo de los cuales volvió á caer en la indiferencia absoluta, y el décimotercer día después de la herida, dejó de respirar.

Al día siguiente se hizo la autopsia delante de la autoridad judicial: se encontró el parietal desprendido completamente, necrosado, bañado por su cara interna en supuración, destruido ya completamente su periostio, las meninges reblandecidas en la proximidad del hueso necrosado, estaban congestionadas en lo demás de la superficie cerebral; la pulpa cerebral, al nivel de la incisión, estaba reblandecida é infiltrada con pus.

Si es sorprendente ver cómo después de un traumatismo tan considerable, el uso de los tónicos y termógenos manejados según los preceptos de la dosime-

tría, ha podido hacer recobrar el conocimiento y durar la vida casi artificialmente unos días, permitido será creer que en casos menos irremediables puedan salvar completamente la existencia comprometida.

En los mismos días fuimos llamados á auxiliar á otro herido de consideración: era un joven de diez y ocho años, excepcionalmente polisárcico, es decir, de mucho peso: corriendo sobre la cornisa en la cual descansaba la bóveda de la iglesia de su pueblo, resbaló, cayó sobre uno de los estribos que sostienen al campanario, allí fué detenido por una cruz de fierro con brazos puntiagudos, la cruz cedió bajo el peso del cuerpo, se torció y lo dejó seguir su caída sobre unas losas al pie de la escalera del campanario: había recorrido cuando llegó sobre estas piedras, una altura de diez metros.

Al detener el cuerpo, una de las ramas de la cruz había penetrado en la región lumbar izquierda, interesando la uretera, puesto que desde luego empezó á salir por esta herida la orina á medida de su secreción.

Además de esta alarmante lesión encontramos una fractura del temporal izquierdo con hemorragia por el conducto auditivo, fractura de la apófisis orbitaria externa con equimosis grande en el ojo y hemorragia nasal, fractura de la clavícula derecha y de la cresta del hueso iliaco del mismo lado: esta cresta se llegó á eliminar para que no quedara duda de que había sido fracturada; pero sanó de todo lo demás el joven herido, no quedándole sino una fístula urinosa debida á la ruptura de la uretera.

Se puede admitir que la juventud tiene recursos infinitos para compensar los desórdenes producidos por los grandes traumatismos; pero también es creíble que el tratamiento, cuando en una serie de casos graves logra éxitos inesperados, tendrá alguna influencia favorable digna de señalarse.

Esa influencia fué todavía más evidente en el caso que vamos á referir: se trataba de un enfermo de mala constitución, que había padecido multitud de enfermedades muy especialmente en las vías digestivas.

Una arteritis obliterante había determinado en este paciente la gangrena del pie izquierdo; un homeópata, muy en boga entonces en Oaxaca, había ofrecido no sólo limitar la gangrena, sino aún más, hacer reproducir un pie nuevo con el uso de los gránulos homeopáticos!

La putrefacción se apoderó de las partes gangrenadas, la inmovilización absoluta en la cual vivió el paciente durante algunos meses, dió lugar á la formación de escaras en los dos isquiones y en la región sacro-coxígea, escaras que al desprenderse dejaron los huesos revestidos no mas con el periostio.

El paciente no podía variar de postura, porque el menor movimiento provocaba dolores intolerables. Quedó más de tres meses sentado á la orilla de su cama; al cabo de ese tiempo la infección manifiesta, la anemia cerebral y general, la demacración cada día mayor, amenazaban terminar pronto con la existencia del enfermo. Entonces fué cuando se convenció la familia que no se podía

contar con el milagro ofrecido por el homeópata, y era preciso poner fin á situación tan angustiada.

Se amputó el muslo cortando al fémur en la unión del tercio superior con el tercio mediano, se encontró la piel infiltrada al nivel de la sutura; no pudiéndose esperar una reunión por primera intención, se aplicó un drenage del muñón á través de un empaque algodonado con irrigación frecuente y antiséptica; primero con agua fenicada, y después con solución de cloruro de zinc.

Pocas probabilidades de éxito teníamos; sin embargo éste fué completo: el enfermo vivió, sanó y se restableció bastante rápidamente.

Es un hecho de observación que raras veces vienen las arteritis de las extremidades sin ser simétricas: el pie derecho fué gravemente amagado, hubo enfriamiento, color lívido, ardores en los dedos; sin embargo, no solo no se gangrenó, sino que recobró su completa vitalidad, y hemos seguido recibiendo buenas noticias del operado.

Uno de los accidentes más capaces de atormentar á los prácticos y á los pacientes, es la disposición al fagedenismo: si la eficacia que tuvieron los arseniatos en el caso que vamos á referir fuera siempre la misma, sería verdaderamente una gran conquista la que se hizo con el conocimiento de su utilidad para el tratamiento de tan terribles complicaciones.

Se produjo en un hombre, en la fuerza de la edad, un chancro fagedénico, devoró la mayor parte del pene; el tratamiento específico fué enteramente inútil, más bien pareció nocivo; unas placas gangrenosas aparecieron y se iban multiplicando de un modo alarmante en las regiones tibiales, femorales y glúteas; hasta cuando se hizo un uso suficiente de los arseniatos, fué cuando paró semejante destrucción y se logró restablecer la salud.

Tantos hechos para comprobar la acción reparadora de los arseniatos no permiten dudar de que debemos recurrir á su aplicación en muchos casos antes desesperados, que si los empleamos con oportunidad, evitaremos las más terribles complicaciones, porque no es dudoso que es más fácil y conveniente evitarlas que tener que combatir las.

Sabiendo como sabemos lo enérgicos que son los elementos constitutivos del arseniato de estricnina, es racional y lógico convenir en que es preciso manejarlos con seguridad y sin vacilación en proporciones bien determinadas, no como se puede encontrar en preparaciones variables, tales como las tinturas y los extractos.

El título de la dosimetría establece desde luego lo importante de la proporción bien definida, sin la cual el práctico corre el riesgo de no dar lo bastante ó de dar demasiado del principio activo, faltando en ambos casos á su deber aun sin saberlo.

Cuando se sepa combatir con certeza cada sintoma con medios apropiados impidiendo su desarrollo, no se sentirá tanto el deseo de formalizar siempre el

diagnóstico de la enfermedad, puesto que se sabrá prevenir su desarrollo, y entonces la terapéutica estará realmente más cerca de llenar su misión y se aproximará á la perfección deseada durante tanto siglos.

«*Errare humanum est:*» tanto el fundador de la dosimetría como sus discípulos pueden estar equivocados; deber es de quienes se han constituido guardianes de la tradición en las escuelas de medicina, demostrarles sus errores para el bien de la humanidad, ó si no están realmente equivocados, estudiar sus doctrinas y no seguir sosteniendo una práctica que cuadra mal con los conocimientos modernos.

La conspiración del silencio observado por las escuelas oficiales, hasta prueba de lo contrario, es una confesión de impotencia, porque si tuvieran argumentos buenos preferirían producirlos á guardar tan desairado silencio.

México, Noviembre 9 de 1887.

J. FÉNÉLON.

GINECOLOGÍA.

APUNTES sobre un caso de extirpación parcial de un quiste unilocular del cuerpo tiroideo, hecha en el hospital "Angel González Echeverría," el día 15 de Abril de 1887.

El yeso que tengo el honor de presentar á esta H. Academia, sacado de un molde tomado sobre la región cervical de la operada antes de la operación, da una idea incompleta de su desarrollo y de las incomodidades que ocasionaba. Como se puede ver, fué tomado el molde en el decúbito dorso-lateral, levantando al tumor en su parte más procidente: se puede notar que la parte lateral izquierda del cuerpo tiroideo está abultada, porque en esta posición el líquido del quiste refluye en ella y la levanta, disminuyendo así el volumen que tiene el mismo quiste hacia la derecha cuando la paciente está sentada ó parada.

La portadora de este tumor, notablemente desarrollado, fué mandada al hospital por nuestro estimable colega el Dr. Malanco, quien justamente preguntaba si se podía operar, porque el aspecto de la enferma hacia temer desde luego que fuera incapaz de soportar el menor traumatismo.

Fué admitida el día 4 de Abril bajo el nombre de Rosa Jiménez, originaria de Tulyahualco, pueblo del distrito de Chalco, casada y de cuarenta y cinco años de edad, molendera de oficio.

Refería que hacía más de veinte años solicitaba la extirpación de su tumor; no había faltado quien le indicara lo peligroso de la operación; pero su situación era intolerable; el peso excesivo del tumor ejercía tracciones penosas sobre los